

rado, ó alguna sacristía, que les vale mucho de renta rentada, amén del pie de altar, que se suele estimar en otro tanto.

—Para esto será menester, respondió Sancho, que el escudero no sea casado, y que sepa ayudar á misa por lo menos; y si esto es así, ¡desdichado yo, que soy casado, y no sé la primera letra del A, B, C! ¿Qué será de mí, si á mi amo le da antojo de ser arzobispo y no emperador, como es uso y costumbre de los caballeros andantes?

—No tengáis pena, Sancho amigo, dijo el barbero, que aquí rogaremos á vuestro amo, y se lo aconsejaremos, y aun se lo pondremos

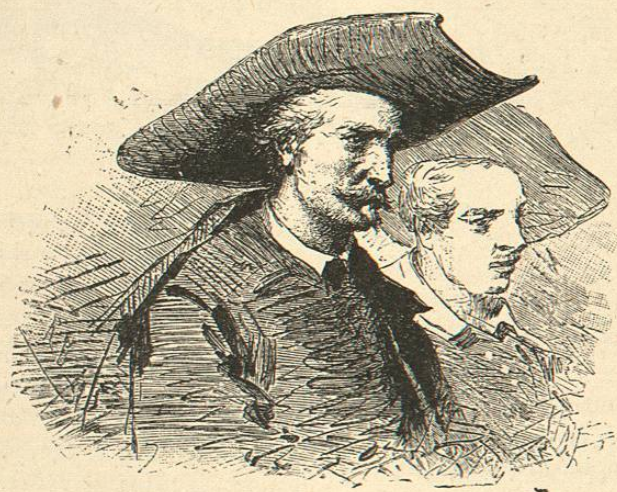
en caso de conciencia, que sea emperador y no arzobispo, porque le será más fácil á causa de que él es más valiente que estudiante.

—Así me ha parecido á mí, respondió Sancho, aunque sé decir que para todo tiene habilidad: lo que yo pienso hacer de mi parte, es rogarle á nuestro Señor que le eche á aquellas partes donde él más se sirva y adonde á mí más mercedes me haga.

—Vos lo decís como discreto, dijo el cura, y lo haréis como buen cristiano; mas lo que ahora se ha de hacer, es dar orden cómo sacar á vuestro amo de aquella inútil penitencia que decís que queda haciendo; y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer, que ya es hora, será bien nos entremos en esta venta.

Sancho dijo que entrasen ellos, que él esperaba allí fuera, y que después les diría la causa por qué no entraba ni le convenía entrar en ella; mas que les rogaba que le sacasen allí algo de comer, que fuese cosa caliente, y asimismo cebada para Rocinante. Ellos se entraron y le dejaron, y de allí á poco el barbero le sacó de comer.

Después, habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrían para conseguir lo que deseaban, vino el cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de Don Quijote, y para lo que ellos querían; y fué que dijo al barbero que lo que había pensado, era que él se vestiría en hábito de doncella andante, y que él procurase ponerse lo mejor que pudiese como escudero, y que así irían adonde Don Quijote estaba, fingiendo ser ella una doncella afligida y menesterosa; y le pediría un dón, el cual él no podría dejárselo de otorgar como valeroso caballero andante; y que el dón que le pensaba pedir, era que se viniese con ella donde ella le llevase, á desfacelle un mal agravio que un caballero le tenía fecho; y que le suplicaba ansimismo que no la mandase quitar su antifaz, ni la mandase cosa de su hacienda fasta que la hubiese fecho derecho de aquel mal caballero; y que creyese sin duda, que Don Quijote vendría en todo cuanto le pidiese por este término y que desta manera le sacarían de allí, y le llevarían á su lugar, donde procurarían ver si tenía algún remedio su extraña locura.



CAPITULO XXVII

De cómo salieron con su intención el Cura y el Barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.

El cura le pareció mal al barbero la invención del cura, sino tan bien que luego la pusieron por obra. Pidiéronle á la ventera una saya y unas tocas, dejándole en prendas una sotana nueva del cura.

El barbero hizo una gran barba de una cola rucia ó roja de buey, donde el ventero tenía colgado el peine. Preguntóles la ventera que para qué le pedían aquellas cosas.

El cura le contó en breves razones la locura de Don Quijote, y cómo convenía aquel disfraz para sacarle de la montaña donde á la sazón estaba. Cayeron luego el ventero y la ventera en que el loco era su huésped el del bálsamo y el amo del mateado escudero, y contaron al cura todo lo que con él les había pasado, sin callar lo que tanto callaba Sancho.

En resolución, la ventera vistió al cura de modo que no había más que ver: púsole una saya de paño, llena de fajas de terciopelo negro de un palmo de ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde guarnecidos con unos ribetes de raso blanco, que se debieron de hacer ellos y la saya en tiempo del rey Wamba.

No consintió el cura que le tocasen, sino púsole en la cabeza un berretillo de lienzo colchado que llevaba para dormir de noche, y ciñóse por la frente una liga de tafetán negro, y con otra liga hizo un antifaz con que se cubrió muy bien las barbas y el rostro: encasquetóse su sombrero, que era tan grande que le podía servir de quitasol, y cubriéndose su herreruelo, subió en su mula á mujeriegas, y el barbero en la suya, con su barba que le llegaba á la cintura, entre roja y blanca, como aquella que, como se ha dicho, era hecha de la cola de un buey barroso.

Despidiéronse de todos y de la buena Maritornes, que prometió rezar un rosario, aunque pecadora, porque Dios les diese buen suceso en tan arduo y tan cristiano negocio, como era el que habían emprendido.

Mas apenas hubo salido de la venta, cuando le vino al cura un pensamiento, que hacía mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente que un sacerdote se pusiese así, aunque le fuese mucho en ello; y diciéndose al barbero le rogó que trocasen trajes, pues era más justo que él fuese la doncella menesterosa, y que él haría el escudero, y que así se profanaba menos su dignidad, y que si no lo quería hacer, determinaba de no pasar adelante, aunque á Don Quijote se le llevase el diablo.

En esto llegó Sancho, y de ver á los dos en aquel traje no pudo tener la risa. En efecto, el barbero vino en todo aquello que el cura quiso, y trocando la invención, el cura le fué informando el modo que había de tener, y forzarle á que con él se viniese y dejase la querencia del lugar que había escogido para su vana penitencia.

El barbero respondió, que sin que le diese lición, él lo pondría bien en su punto. No quiso vestirse por entonces hasta que estuviesen junto de donde Don Quijote estaba, y así dobló sus vestidos, y

el cura acomodó su barba, y siguieron su camino, guiándolos Sancho Panza, el cual les fué contando lo que le aconteció con el loco que hallaron en la sierra, encubriendo empero el hallazgo de la maleta y de cuanto en ella venía, que magier que tonto era un poco codicioso el mancebo.

Otro día llegaron al lugar donde Sancho había dejado puestas las señales de las ramas para acertar el lugar donde había dejado á su señor; y en reconociéndole, les dijo cómo aquella era la entrada y que bien se podían vestir, si era que aquello hacía al caso para la libertad de su señor, porque ellos le habían dicho antes, que el ir de aquella suerte y vestirse de aquel modo era toda la importancia para sacar á su amo de aquella mala vida que había escogido, y que le encargaban mucho que no dijese á su amo quién ellos eran, ni que los conocía; y que si le preguntase, como se lo había de preguntar, si dió la carta á Dulcinea, dijese que sí, y que por no saber leer le había respondido de palabra, diciéndole que le mandaba, so pena de la su desgracia, que luego al momento, se viniese á ver con ella, que era cosa que le importaba mucho; porque con esto y con lo que ellos pensaban decirle, tenían por cosa cierta reducirle á mejor vida, y hacer con él que luego se pusiese en marcha para ir á ser emperador ó monarca, que en lo de ser orzabispo no había qué temer.

Todo lo escuchó Sancho y lo tomó muy bien en la memoria, y les agradeció mucho la intención que tenían de aconsejar á su señor fuese emperador y no arzobispo, porque él tenía para sí, que para hacer mercedes á sus escuderos más podían los emperadores que los arzobispos andantes. También les dijo, que sería bien que él fuese delante á buscarle y darle la respuesta de su señora, que ya sería ella bastante á sacarle de aquel lugar, sin que ellos se pusiesen en tanto trabajo.

Parecióles bien lo que Sancho Panza decía, y así determinaron de aguardarle, hasta que volviese con las nuevas del hallazgo de su amo. Entróse Sancho por aquellas quebradas de la sierra, dejando á los dos en una por donde corría un pequeño y manso arroyo, á quien hacían sombra agradable y fresca otras peñas y algunos árboles que por allí estaban.

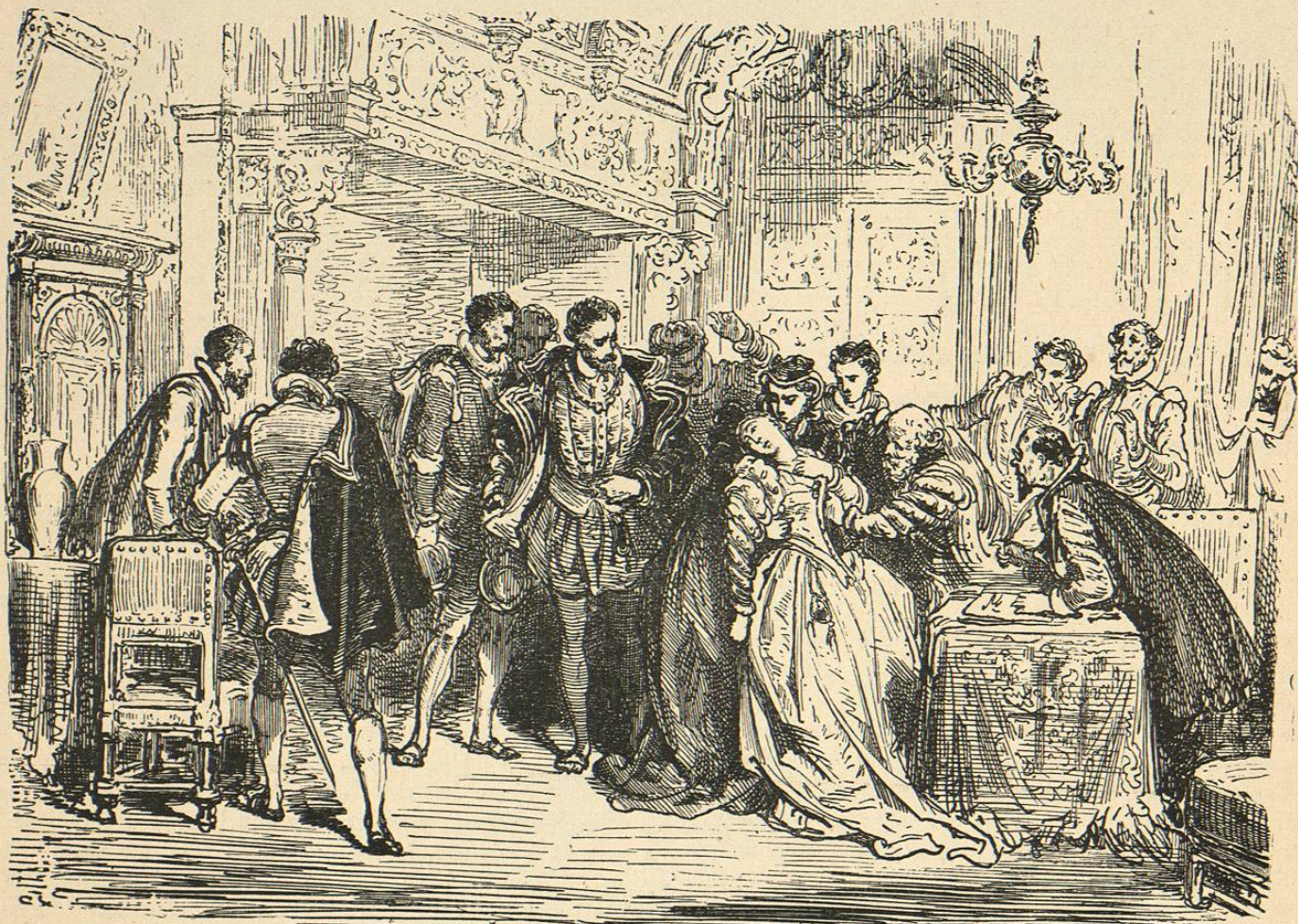
El calor y el día que allí llegaron eran de los del mes de Agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande, la hora las tres de la tarde, todo lo cual hacía el sitio más agradable y que convidase á que en él esperasen la vuelta de Sancho, como lo hicieron.

Estando, pues, los dos allí sosegados y á la sombra, llegó á sus oídos una voz, que sin acompañarle sön de algún otro instrumento, dulce y regaladamente sonaba, de que no poco se admiraron, por parecerles que aquel no era lugar donde pudiese haber quien tan bien cantase; porque aunque suele decirse que por las selvas y campos se hallan pastores de voces extremadas, más son encarecimientos de poetas que verdades, y más cuando advirtieron que lo que oían cantar eran ver-

sos, no de rústicos ganaderos sino de discretos cortesanos, y confirmó esta verdad haber sido los versos que oyeron, estos:

¿Quién menoscaba mis bienes? Desdenes.	Dese modo yo recelo morir deste mal extraño, pues se añan en mi daño amor, fortuna y el cielo.
¿Y quién aumenta mis duelos? Los celos.	¿Quién mejorará mi suerte? La muerte.
¿Y quién prueba mi paciencia? Ausencia.	Y el bien de amor ¿quién lo alcanza? Mudanza.
Dese modo en mi dolencia ningún remedio se alcanza, pues me matan la esperanza, desdenes, celos y ausencia.	Y sus males ¿quién los cura? Locura.
¿Quién me causa este dolor? Amor.	Dese modo no es cordura querer curar la pasión, cuando los remedios son: muerte, mudanza y locura.
¿Y quién mi gloria repuna? Fortuna.	
¿Y quién consiente mi duelo? El cielo.	

La hora, el tiempo, la soledad, la voz y la destreza del que cantaba, causó admiración y contento en los dos oyentes, los cuales se estuvieron quedos esperando si otra alguna cosa oían; pero viendo que duraba algún tanto el silencio, determinaron salir á buscar el



músico que con tan buena voz cantaba, y queriéndolo poner en efecto, hizo la misma voz que no se moviesen, la cual llegó de nuevo á sus oídos, cantando este soneto:

SONETO

Santa amistad que con ligeras alas,
tu apariencia quedándose en el suelo,
entre benditas almas en el cielo
subiste alegre á las empires salas.
Desde allá, cuando quieros nos señalas
la justa paz cubierta con un velo,
por quien á veces se trasluce el celo
de buenas obras, que á la fin son malas.
Deja el cielo, oh amistad, ó no permitas
que el engaño se vista su librea,
con que destruye á la intención sincera:
que si tus apariencias no le quitas,
presto ha de verse el mundo en la pelea
de la discordie confusión primera.

El canto se acabó con un profundo suspiro, y los dos con atención volvieron á esperar si más se cantaba; pero viendo que la música se había vuelto en sollozos y en lastimeros ayes, acordaron de saber quien era el triste tan extremado en la voz como doloroso en los gemidos, y no anduvieron mucho, cuando al volver de una punta de una peña vieron á un hombre del mismo talle y figura que Sancho Panza les había pintado, cuando les contó el cuento de Cardenio; el cual hombre cuando los vió, sin sobresaltarse estuvo quedo con la cabeza inclinada sobre el pecho, á guisa de hombre pensativo, sin alzar los ojos á mirarlos, más de la vez primera cuando de improviso llegaron.

El cura, que era hombre bien hablado (como el que ya tenía noticia de su desgracia, pues por las señas le había conocido), se llegó

á él, y con breves aunque muy discretas razones le rogó y persuadió, que aquella tan miserable vida dejase, porque allí no la perdiese, que era la desdicha mayor de las desdichas.

Estaba Cardenio entonces en su entero juicio, libre de aquel furioso accidente que tan á menudo le sacaba de sí mismo; y así viendo á los dos en traje tan no usado de los que por aquellas soledades andaban, no dejó de admirarse algún tanto y más cuando oyó que le habían hablado en su negocio como en cosa sabida, porque las razones que el cura le dijo, así lo dieron á entender; y así respondió desta manera:

—Bien veo yo, señores, quien quiera que seáis, que el cielo, que tiene cuidado de socorrer á los buenos, y aun á los malos muchas veces, sin yo merecerlo me envía en estos tan remotos y apartados lugares del trato común de las gentes, algunas personas que, poniéndome delante de los ojos con vivas y varias razones, cuán sin ella ando en hacer la vida que hago, han procurado sacarme desta á mejor parte.

Pero como no saben qué sé yo, que en saliendo deste daño he de caer en otro mayor, quizá me deben de tener por hombre de flacos

discursos, y aun lo que peor sería, por de ningún juicio: y no sería maravilla que así fuese, porque á mi se me trasluce que la fuerza de la imaginación de mis desgracias es tan intensa y puede tanto en mi perdición, que sin que yo pueda ser parte á estorbarlo, vengo á quedar como piedra, fulto de todo buen sentido y conocimiento; y vengo á caer en la cuenta desta verdad, cuando algunos me dicen y muestran señas de las cosas que he hecho, en tanto que aquel terrible accidente me señorea, y no se más que dolerme en vano, y maldecir sin provecho mi desventura, y dar por disculpa de mis locuras el decir la causa dellas á cuantos oír la quieren; porque viendo los cuerdos cuál es la causa, no se maravillarán de los efectos, y si no me dieran remedio, á lo menos no me darán culpa, convirtiéndoseles el enojo de mi desolvatura en lástima de mis desgracias.

Y si es que vosotros, señores, venís con la misma intención que otros han venido, antes que paséis adelante en vuestras discretas persuaciones, os ruego que escuchéis el cuento, que no le tiene, de mis desventuras, porque quizá después de entendido, ahorraréis del trabajo que tomaréis en consolar un mal que de todo consuelo es incapaz.

Los dos, que no deseaban otra cosa que saber de su misma boca la causa de su daño, lerogaron se las contase, ofreciéndole no hacer otra cosa de la que él quisiese en su remedio ó consuelo; y con esto el triste caballero comenzó su lastimera historia casi por las mismas palabras y pasos que la había contado á Don Quijote y al cabrero pocos días atrás, cuando por ocasión del maestro Elisabá y puntualidad de Don Quijote en guardar el decoro de la caballería, se quedó el cuento imperfecto, como la historia lo deja contado; pero ahora quiso la buena suerte que se detuvo el accidente de la locura, y le dió lugar de contarle hasta el fin; y así llegando al paso del billete que había hallado Don Fernando entre el libro de *Amadis de Gaula*, dijo Cardenio que le tenía bien en la memoria, y que decía desta manera:

LUSCINDA A CARDENIO

“Cada día descubro en vos valores que me obligan y fuerzan á que en más os estime; así, si quisieredes sacarme desta deuda sin ejecutarne en la honra, lo podéis muy bien hacer. Padre tengo “que os conoce y que me quiere bien, el cual sin forzar mi voluntad, “cumplirá la que será justo que vos tengáis, si es que me estimáis “como decís y como yo creo.”

Por este billete me moví á pedir á Luscinda por esposa, como ya os he contado, y este fué por quien quedó Luscinda en la opinión de Don Fernando por una de las más discretas y avisadas mujeres de su tiempo, y este billete fué el que le puso en deseo de destruirme antes que el mío se efectuase.

Díjeme yo á Don Fernando en lo que reparaba el padre de Luscinda, que era en que mi padre se la pidiese, lo cual yo no le osaba decir, temeroso que no vendría en ello, no porque no tuviese bien conocida la calidad, bondad, virtud y hermosura de Luscinda, y que tenía partes bastantes para ennoblecere cualquiera otro linaje de España, sino porque yo entendía, dél, que deseaba que no me casase tan presto, hasta ver lo que el duque Ricardo hacía conmigo.

En resolución, le dije que no me aventuraba á decirselo á mi padre, así por aquel inconveniente, como por otros muchos que me aco-



bardaban, sin saber cuáles eran, sino que me parecía que lo que yo desease jamás había de tener efecto. A todo esto me respondió Don Fernando, que él se encargaba de hablar á mi padre, y hacer con él que hablase al de Luscinda.

¡Oh Mario ambicioso! ¡Oh Catilina cruel! ¡Oh Sila facineroso! ¡Oh Galalón embustero! ¡Oh Bellido traidor! ¡Oh Julián vengativo! ¡Oh Judas codicioso! Traidor, cruel, vengativo y embustero, ¿qué de servicios te había hecho este triste, que con tanta llaneza te descubrió los secretos y contentos de su corazón? ¿Qué ofensa te hice, qué palabras te dije ó qué consejos te di, que no fuesen todos encaminados á acrecentar tu honra y tu provecho?

Mas, ¿de qué me quejo, ¿desventurado de mí! pues es cosa cierta que cuando traen las desgracias la corriente de las estrellas, como vienen de alto abajo, despenándose con furor y con violencia, no hay fuerza en la tierra que las detenga, ni industria humana que prevenir las pueda! ¿Quién pudiera imaginar, que Don Fernando, caballero ilustre, discreto, obligado de mis servicios, poderoso para alcanzar lo que el deseo amoroso le pidiese, donde quiera que le ocupase, se había de enconar, como suele decirse, en tomarme á mí una sola oveja que aun no poseía?

Pero quédese estas consideraciones aparte como inútiles y sin provecho, y añedemos el roto hilo de mi desdichada historia. Digo pues, que pareciéndole á Don Fernando que mi presencia le era inconveniente para poner en ejecución su falso y mal pensamiento, determinó de enviarme á su hermano mayor con ocasión de pedirle unos dineros para pagar seis caballos, que de industria y sólo para este efecto de que me ausentase, para poder mejor salir con su dañado intento, el mismo día que se ofreció hablar á mi padre los compró, y quiso que yo viniese por el dinero.

¿Puede yo prevenir esta traición? ¿Puede por ventura caer en imaginarla? No por cierto, antes con grandísimo gusto me ofrecí á partir luego, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablé con Luscinda y le dije lo que con Don Fernando quedaba concer-

tado, y que tuviese firme esperanza de que tendrían efecto nuestros buenos y justos deseos.

Ella me dijo, tan segura como yo de la traición de Don Fernando, que procurase volver presto, porque creía que no tardaría más la conclusión de nuestras voluntades, que tardase mi padre de hablar al suyo. No sé qué se fué, que en acabando de decirme esto se le llenaron los ojos de lágrimas, y un nudo se le atravesó en la garganta, que no le dejaba hablar palabra de otras muchas que me pareció que procuraba decirme.

Quedé admirado de este nuevo accidente hasta allí jamás en ella visto, porque siempre nos hablabamos, las veces que la buena fortuna y mi diligencia lo concedía, con todo regocijo y contento, sin mezclar en nuestras pláticas lágrimas, suspiros, celos, sospechas ó temores: todo era engrandecer yo mi ventura por habérmela dado el cielo por señora: exageraba su belleza, admirábame de su valor y entendimiento: volvíame ella el recambio, alabando en mí lo que como enamorada le parecía digno de alabanza.

Con esto nos contábamos cien mil niñerías y acacimientos de nuestros vecinos y conocidos, y á lo que más se extendía mi desolvatura, era á tomarla casi por fuerza una de sus bellas y blancas manos, y llevarla á mi boca, según daba lugar la estrechez de una baja reja que nos dividía; pero la noche que precedió al triste día de mi partida, ella lloró, gimió y suspiró, y se fué y me dejó lleno de confusión y sobresalto, espantado de haber visto tan nuevas y tan tristes muestras de dolor y sentimiento en Luscinda; pero por no destruir mis esperanzas, todo lo atribuí á la fuerza de amor que me tenía, y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin, yo me partí triste y pensativo, llena el alma de imaginaciones y sospechas, sin saber lo que sospechaba ni imaginaba: claros indicios que mostraban el triste suceso y desventura que me estaba guardada.

Llegué al lugar donde era enviado, di las cartas al hermano de Don Fernando, fui bien recibido, pero no bien despachado, porque me mandó aguardar, bien á mi disgusto, ocho días, y en parte donde el Duque su padre no me viese, porque su hermano le escribía que le enviase cierto dinero sin su sabiduría: y todo fué invención del falso Don Fernando, pues no faltaban á su hermano dineros para despacharme luego.

Orden y mandato fué éste que me puso en condición de no obedecerle por parecerme imposible sustentar tantos días la vida en el ausencia de Luscinda, y más habiéndola dejado con la tristeza que os he contado; pero con todo esto obedecí como buen criado, aunque veía que había de ser á costa de mi salud. Pero á los cuatro días que allí llegué; llegó un hombre en mi busca con una carta que me dió, que en el sobrescrito conocí ser de Luscinda, porque la letra dél era suya. Abríla temeroso y con sobresalto, creyendo que cosa grande debía de ser la que le había movido á escribirme estando ausente, pues presente pocas veces lo hacía.

Pregunté al hombre, antes de leerla, quién se la había dado y el tiempo que había tardado en el camino. Díjome que acaso pasando por una calle de la ciudad á la hora del medio día, una señora muy hermosa le llamó desde una ventana, los ojos llenos de lágrimas, y con mucha prisa le dijo: “Hermano, si sois cristiano, como parecéis, por amor de Dios os ruego que encaminéis luego esta carta al lugar y á la persona que dice el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello haréis un gran servicio á nuestro Señor; y para que no os falte comodidad de poderlo hacer, tomad lo que va en este pañuelo; y diciendo esto, me arrojó por la ventana un pañuelo, donde venían atados cien reales y esta sortija de oro que aquí traigo, con esta carta que os he dado. Y luego, sin aguardar respuesta mía, se quitó de la ventana, aunque primero vió como yo tomé la carta y el pañuelo, y por señas le dije que haría lo que me mandaba. Y así viéndome tan bien pagado del trabajo que podía tomar en traerlos, y conociendo por el sobrescrito que érades vos á quien se enviaba, porque yo, señor, os conozco muy bien, y obligado asimismo de las lágrimas de aquella hermosa señora, determiné de no fiarme de otra persona, sino venir yo mismo á dároslos; y en diez y seis horas que há que se me dió, he hecho el camino que sabéis, que es de diez y ocho leguas.

En tanto que el agradecido y nuevo correo esto me decía, estaba ya colgado de sus palabras, temblándome las piernas, de manera que apenas podía sostenerme. En efecto, abrí la carta, y ví que contenía estas razones.

“La palabra que Don Fernando os dió de hablar á vuestro padre “para que hablase al mío, la ha cumplido mucho más en su gusto “que en vuestro provecho. Sabed, señor, que él me ha pedido por “esposa, y mi padre, llevado de la ventaja que él piensa que Don “Fernando os hace, ha venido en lo que quiere, con tantas veras, “que de aquí á dos días se ha de hacer el desposorio, tan secreto y “tan á solas, que sólo han de ser testigos los cielos y alguna gente de “casa. Cual yo quedo, imaginadlo: si os cumple venir, vedlo; y si os “quiere bien ó no, el suceso deste negocio os lo dará á entender. A “Dios plega que ésta llegue á vuestras manos, antes que la mía se